

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7.50 id. La suscripción se cobra adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales París: Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. Jhon F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fisher, 21-Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse, Jerusalemstrasse, 46 49.—La correspondencia al Administrador

Verdugos de nuevo cuño

La pena de muerte es bárbara.—El delito colectivo es glorioso.—El atentado personal es santo.

En esas tres afirmaciones rotundas, categóricas, definitivas, se halla contenido el novísimo credo revolucionario.

En el decálogo del mundo civilizado, hay, escrito por Dios, un mandamiento sublime: "No matarás." En los akasses de las muchedumbres prostituidas, hay, inspirado por los ultra radicales, un artículo vergonzoso é inextinguible: "Matarás al que te estorbe! Suprimirás al tirano!"

No se entiende por tirano el déspota cruel, vengativo y traidor, que se goza en el daño y se rie en la impunidad; es tirano el hombre eminente, que ha escalado el poder por méritos propios y que gobierna á su país, conforme á las inspiraciones de su patriotismo, á los dictados de su conciencia, á los impulsos de su corazón, á los entusiasmos de su alma, á los estímulos de su talento y á las intuiciones de su genio. Las naciones sufren crisis terribles: la dictadura, sabiamente ejercida, es necesaria, en momentos difíciles, para salvar el prestigio y la vida de los pueblos.

Gobernar es transigir, pero no es abdicar y desfallecer; y abdicar el que contemporiza con la corrupción reinante, el que halaga las pasiones salvajes; los apetitos desenfrenados de las multitudes envidiosas; el que explota, en beneficio de sí mismo, los odios y los delirios de los ciudadanos enfermos; el que comercia cínicamente con las miserias de los hombres corrompidos y con las desdichas de los desheredados de la fortuna. ¿Cuántos artesanos de la plebe se enriquecen á sus expensas! ¿Cuántos mendigan su aplauso y cuántos cotizan sus favores! Es humano adular al favorito de la suerte, y hacer leña del árbol caído.

¿Qué valor cívico se necesita para dejarse arrastrar por el torbellino de los huracanes populares? ¿Qué virtud para adherirse al espíritu, al desorden y á la anarquía de los alzamientos demagógicos? ¿Qué mérito singular para comparecer, hidrófobos, ante las turbas irridadas, mostrándoles la dolorida figura del inocente Nazareno y exclamando, en un rapto de rencorosa vo-

racidad: "Ecce Homo". He ahí el hombre causa de tu desdicha.

En cambio, ¿qué grandeza de alma no es precisa para oponerse á la ignorancia demoleadora, á la envidia encubierta, á la soberbia enloquecida? ¿Qué fuerza de voluntad, qué temple de espíritu, qué carácter de hierro no es indispensable para seguir la línea recta del deber, y sustraerse á la influencia del medio ambiente y reprimir los espontáneos movimientos del ánimo y sacrificar los afectos más puros del corazón? La inflexibilidad que parece terca é insaciable, es la tortura de los seres perfectos.

La revolución avanza; el trono, que hemos jurado defender, pelagra y vacila. El gobernante enérgico, que lo salva, no quiere ser desertor, lucha como los héroes y cae como los mártires. Los gobernantes sinceros viven para la patria, que es una, inmortal y grande, que no es de ayer ni de hoy, ni de mañana, que es de siempre; viven de la historia y para la historia, y no sacrifican el éxito de su misión á los aplausos del momento, ni á los elogios de los coetáneos. Su mirada de águila abarca los lejanos horizontes, y descubre los secretos impenetrables del adversario, y prevé los sucesos culminantes del porvenir.

Pi y Margall, gran patriota, á riesgo de perder su popularidad, fué enemigo de la guerra de Cuba. Cánovas del Castillo evitó, hasta su última hora, el conflicto armado con los Estados Unidos.

¿Quién es más fuerte, el que resiste la avalancha ó el que sortea su empuje formidable, y el que se deja arrebatar por la impetuosa corriente de las aguas desbordadas? Merced al gran galeoto, se consuman las mayores infamias.

¿Quién es más digno, el que muere arrollado por los eternos irresponsables, ó el que vive sostenido por los Clubs de impacientes, desesperados é industriales de todas calañas?

El poder es la amargura. La frase lapidaria: "¡Tu quoque, Brutus, filii mi!" es el ¡ay! angustioso de un padre del populacho ó es la última queja dirigida por un tribuno plebeyo á sus hijos desnaturalizados? Es el gemido postrero de un Ministro asesinado.

El que sucumbe, en aras de su deber y de sus ideales, es sagrado; el que mata, en nombre de sus convicciones, es criminal?

No atenuemos el delito, ni glorifi-



EL SEÑOR
D. Tomás Rico Ualarino
Falleció el 21 de Febrero 1912
DESPUES DE RECIBIR LOS SANTOS SACRAMENTOS Y LA BENDICION APOSTOLICA

La HORA SANTA, que de diez á once, se celebrará en la Consagrada Iglesia de la Caridad el viernes, 1.º de Marzo, será aplicada en sufragio de su alma.

Su viuda, hermana y hermano político, sobrinos y sobrinos políticos, ruegan á sus amigos asistan á tan piadoso acto.

quemos al delincuente. No digamos á los de Cullera: Habéis sobrepujado á los bárbaros de la semana trágica, y habéis eclipsado el nombre de Fuenteovejuna. No consideremos á la fuerza, como único atributo de la soberanía; no echemos carne á las fieras, ni gocemos con el repulsivo espectáculo, ofrecido á un público encanallado por los restos informes de un gladiador hecho trizas.

Hay algo más que la materia bruta; la caridad que perdona, el amor que ennoblece, la virtud que es piadosa y la religión que reza.—La humanidad, que lucha y que mata, es la afrenta del siglo XX.

¿Acaso la responsabilidad se reparte proporcionalmente entre los asesinos, y si estos son muchos, es imposible apreciarla por su insignificancia?—¿El número no delata abusa de superioridad?—¿Un sólo asesino es innoble y despreciable, y 10.000 energúmenos, impelidos por la política, pueden, (y tienen derecho á tal atrocidad) machetear, descuartizar y suprimir á un semejante?

Viejos, niños y débiles, hombres indefensos, vuestra sentencia está dictada. Los más han adquirido á perpetuidad el privilegio de ser vuestros verdugos.

Va no hay guillotinas, ni horcas. Hay profesionales del crimen, que lo ejecutan impunemente porque la ley autoriza los asesinatos en cuadrilla. ¡Oh qué infame retroceso! 1.000 brazos, que se levantan armados de puñales, tienen siempre razón para ejercer un oficio siniestro!

Jesucristo crucificado perdonó á sus

verdugos, porque no sabían lo que se hacían.—Perdonemos también á los verdugos, y preguntémoslos airados; ¿Quién inspira á esos sectarios, á esos fanáticos insconscientes? Sus jefes y abogados defensores. Hé ahí el enemigo.

A. B. C.

La media naranja

(Poema microscópico en dos partes minúsculas y un epílogo mayúscula)

PARTE SEGUNDA

EL DESMIQUE

Vulcano en el paraíso
entró con gran rapidez,
y manos puso á la obra,
tras un polvo de rapé.
Tomó de la luna llena
la graciosa redondez,
y con Venus por modelo,
á voces pidió un cincel.
De la ondulante serpiente,
tomó la curva después,
y por cierto le hizo gracia
á Vulcano el cascabel.
De las plantas trepadoras
copiar quiso la dobles,
la habilidad con que suelen
subir, agarrar, coger.
De la hierba estremecida
imitó el leve vaivén,
el meneo cadencioso,
timido, de doña Inés.
El talle, de la palmera;
la dulzura, de la miel;

la dureza, del diamante;
de la flor, la nitidez.
Y en un rapto de locura,
Vulcano cogió un pincel
y le sirvió de paleta,
de la aurora el rosicler.
La difana luz del cielo,
de un rostro brilló al través;
la azucena, nieve y oro,
compió con el clavel.
De la rosa el terciopelo,
suavidad prestó á la piel;
y las perlas del rocío
le sirvieron de colcrén.
La fragancia de los nardos
y del sol la esplendidez,
completaron el conjunto,
envidia de Lucifer.
Tomó Vulcano, gozoso,
el tesón, del gallo inglés;
la mirada, de la gama;
del ave-fria, el desdén;
del cisne, la gallardía;
la constancia, del lebrei;
el arrullo, de la tortoisa;
la ira, del gato montés;
las lágrimas de la nube;
del burro, la tosudez;
la viveza, del ratón;
y el guisote del mordigüey,
Descansó cinco minutos
el Dios, sintiéndose burgués;
y ante la mitad del hombre,
sintiéndose languidecer,
Irguióse mal humorado,
tomó una taza de té,
y se coronó la frente,
con mirto y fresco laurel,
Y al reanudar la tarea,
fué tanta su intrapidez,
que en un momento dió cima,
á labor de más de un mes.
Tomó Vulcano, febril,
de la hiena, lo cruel;
del conejo, lo fecundo;
del lobo, lo descortés;
la inconsistencia, del aire;
del fuego, la sordidez,
la intranquilidad, del agua;
los ímpetus, del corcel;
la ternura, del palomo,
la mansedumbre, del buey;
y la astucia, de la zorra;
y el arranque, de un exprés;
lo ligero, de la pluma;
y del sauce, el amor fiel;
la charla de la colorata;
del mirlo, la candidez;
la codicia, del milano;
la tiesura, de la mies;
del invierno, las frialdades;
de los ángeles, la fé;
de la hormiga, lo hacendosa;
y lo hurafío, del diempiés;

del estío, los ardores;
y del cedro, la esbeltez
La furia, de los chacales;
la fuerza, del moscatel;
y la gentil apostura,
del alazán cordobés;
del pichón, lo delicado;
del ciervo, la timidez;
la humedad, de la violeta;
lo orondo de un chantecker.
Y de Eva, en el lindo rostro,
puso un mohín de coquet
y de la pava real
la soberana altivez:

X. Y. Z.

Las negociaciones

Madrid 29-9 m

Han celebrado una extensa entrevista el marqués de Alhucemas y Monsieur Geoffroy.

Este le entregó la contestación de Francia respecto al ferrocarril de Fez y al nombramiento de Jalifa en la zona española.

García Prieto dijo que seguía estudiando las peticiones hechas por Francia respecto á las compensaciones.

DE SOCIEDAD

En el tren correo de hoy ha salido para Barcelona, en comisión de justicia, nuestro querido amigo y contertulio el distinguido capitán de infantería de Marina don Andrés Sánchez Ocaña.

Le deseamos mucha suerte y un feliz viaje.

Ha salido para Barcelona nuestro distinguido amigo el ingeniero de primera clase de la Armada don Gonzalo Rubio.

Buen viaje y feliz regreso.

Nuestro querido amigo y contertulio el ilustrado primer médico de la Armada don Eustasio Torrecillas, ha sido nombrado jefe de clinica de este Apostadero.

Nuestra enhorabuena.

Ha regresado de su excursión á Sevilla nuestro distinguido amigo don Manuel Dorda y Mesa.

bre enloquecido y delirante... ¿Qué he de venir á hacer sino adorarlo?

Y al decir esto, Yeste, con acento rendido, se postró de rodillas besando el guardapies de doña Inés.

—Deblera despediros, caballero,—dijo aquella dama,—porque grosero y descortés no acudisteis al coche hace tres días, á disculpar, humildemente, vuestros livianos procedimientos,—pero,—siguió la dama con un acento más humano,—os conozco y os temo. Serías capaz de alborotar mi casa y de comprometerme en mi reputación. Ségueme al guisado.

El caballero la siguió, y tras de duros y severos cargos, y de humildísimas disculpas, la dama perdonó; que la bondad y la misericordia resplandecían en ella de una manera extraordinaria.

Hátelos, pues, sentados muellamente en cómodos sillales, en el hermoso camarín de doña Inés, comiendo una empanada de lampreas y libando en dos copas argentinas el exquisitísimo néctar de las vides del Plan de Cartagena.

—Podía contar,—decía la bella dama, con acento incómodo,—á lo menos seis aras en que habéis ofrendado al amor. Y en verdad que han tenido mala suerte, una suerte menguada, las damas y mujeres, (y marcó estas palabras) que tuvieron

—¿Conque por fin se supo?—preguntó el caballero satisfecho;—me place, por mi vida, que el caballero Garre, á quien estimo, baya quedado con honor.

—Estáis errado, señor mío, aún todo el mundo cree que Nicolás Garre de Cáceres fué el raptor de la esclava de su amigo, á quien mató en un duelo.

—¿Y sabiéndolo vos,—replicó el hidalgo con vehemencia,—habéis dejado al inocente Garre bajo la infame acción de la calumnia? ¿No lo creyera en vos!—concluyó amargamente el caballero.

—Tenéis razón,—le contestó la dama abriendo la frente ante aquella terrible acusación del hombre á quien amaba, y de quien anhelaba además del amor la estimación.—Tras de una falta,—continuó,—sigue al fin el pleito. Pero me halláis arrepentida.

—¿Qué decís, Doña Inés,—le dijo el caballero comovido.

—Escuchad, pues, hidalgo, y tened compasión de una mujer mucho más desgraciada que culpable.

—Hablad, señora mía,—le dijo el mosquetero,—y no temáis; no podréis encontrar un confesor cual yo; soy asaz indulgente.

de esta tierra. Digo la beata, y tantas otras... á donde íbamos á parar?... sería preciso encadenarlos y guardarlos con llaves y cerrojos; por que sinó... ¡La mora es tan ladra; y luego, la beata...!

—Querida Doña Inés, os juro por fé que lo de la beata tan solo fué una broma; en cuanto á la morisca... ambiciono encontrarla...

—¿Y osais decirme, aquí, en este camarín... ¡bevergonzado!

—Si perdéis, Doña Inés, ansí encontraría para acudir á la justicia, dar con ella en la cárcel, conseguir que la emplumen y la paseen montada en un jumento expuesta á la vergüenza pública, y que la metan en galeras, ó mejor que la ahorquen.

—¿Qué decís caballero?—le preguntó la dama sorprendida.—¿Cuál es pues su delito para castigo tan cruel?

—¡Ah! si supierais!

—Decid, señor hidalgo,—preguntó la dama hecho curiosa.

—Pues habéis de saber, señora mía, que esa infame morisca fué quien robó á la esclava de Segado.

—Buena noticia me contáis,—le contestó la dama sonriendo;—la sé hace mucho tiempo.